

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XX JORNADAS

VOLUMEN 16 (2010)

Pío García
Alba Massolo

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



La comprensión de los demás como agentes: evidencia de competencias mentalistas en primates no humanos

*Pamela Barone**

El propósito de este trabajo es defender la posibilidad de entender la teoría de la mente de un modo diferente del tradicional, que nos permita dar cuenta de la complejidad conductual de algunos primates no humanos.

Para lograr tal fin, comenzaré presentando la noción clásica de teoría de la mente y la distinción que –dentro de este marco– establece Tomasello entre distintas etapas evolutivas sobre el desarrollo de la comprensión de los otros como agentes: 1) animados; 2) intencionales y 3) mentales. Luego, analizaré la tesis que el autor sustenta en *Orígenes culturales de la cognición humana*, según la cual los primates no humanos no alcanzan el segundo nivel.

A continuación, presentaré otras maneras, menos exigentes, de entender la habilidad para atribuir estados mentales. Tras esto, expondré la evidencia empírica en primates no humanos que, a la luz de estas consideraciones teóricas, pueden interpretarse a favor de la existencia de capacidades de comprensión mentalista más allá de la especie humana.

Finalmente propondré repensar la categorización presentada por Tomasello en dos sentidos. Por un lado, defenderé que algunos primates no humanos alcanzan el nivel de comprensión de los otros como agentes intencionales. Por otro, argumentaré que, bajo una concepción más flexible de Teoría de la Mente, ya en este nivel podríamos atribuir a los primates algunas competencias mentalistas rudimentarias.¹

Teoría de la mente: versión clásica

El debate acerca de las habilidades para leer mentes de los primates no-humanos se origina en un texto de Premack y Woodruff (1978). En dicho artículo, los autores entienden que un animal posee una teoría de la mente cuando “es capaz de atribuir estados mentales a los demás (sean coespecíficos o miembros de otras especies) y a sí mismos. Un sistema de inferencias de estas características merece el calificativo de teoría, porque tales estados no son directamente observables y, en segundo lugar, porque es posible utilizar el sistema para formular predicciones, sobre todo en lo referente al comportamiento de otros organismos” (pag. 515).

En el ámbito de la filosofía de la mente, las discusiones sobre la teoría de la mente fueron dominadas por dos propuestas: la Teoría de la teoría (TT) y la Teoría de la simulación (TS). La

*UNC, estudiante

TT sostiene que logramos comprender otras mentes por el empleo implícito de un enfoque teórico, que incluye la postulación de la existencia de los estados mentales en los demás y el uso de tales postulaciones para explicar y predecir su comportamiento (Gallagher, 2001). La estrategia explicativa consiste en postular una estructura de conocimiento representada internamente que suele estar compuesta por un conjunto de reglas, principios o proposiciones. Éstas son descritas como la “teoría” de un agente en el dominio en cuestión (Such y Nichols, 1992).

Por otro lado, la TS sostiene que uno no teoriza acerca de la otra persona, sino que utiliza la propia experiencia mental como un modelo interno de la otra mente. Este enfoque mantiene que nos representamos los estados y procesos mentales de los demás simulándolos mentalmente (Gordon, 2009). Goldman (1989) conjetura que la simulación es el método fundamental para llegar a la atribución mental y afirma que, para hacer predicciones, consideramos lo que nosotros haríamos si tuviésemos las creencias y deseos relevantes.

Tomasello (1999) se inscribe como partidario de la explicación simulacionista y sostiene que en el ámbito de la cognición social humana infantil hay una progresión evolutiva en la comprensión de los otros, que pasa por las siguientes etapas.

La comprensión de los otros como *agentes animados*, capacidad que compartimos todos los primates.

La comprensión de los otros como *agentes intencionales* que incluye la comprensión de la conducta dirigida a una meta y de la atención de los demás. Esto se produce a partir de los nueve meses del niño.

La comprensión de los otros como *agentes mentales*, donde se atribuye a las otras personas pensamientos y creencias que pueden o no ser expresados mediante la conducta y que a veces no coinciden con la situación real. Esta etapa comienza a los cuatro años y se conoce como la adquisición de una teoría de la mente.

Para Tomasello (1999), los chimpancés y otros primates no comprenden a los demás como agentes intencionales pues no se identifican con los miembros de su especie, como sí lo hacemos los humanos. Por el contrario, los infantes logran esta comprensión de los otros como agentes intencionales a través del aprendizaje imitativo. éste se basa en la tendencia a identificarse con los adultos y en la capacidad de distinguir, en las acciones de los otros, la meta subyacente y los distintos medios que pueden elegir para alcanzarla.

Por consiguiente, el autor traza, en la ontogenia humana temprana, una diferencia fundamental con los demás primates que se acrecienta al considerar la tercera etapa en la comprensión de los otros como agentes mentales. Es decir, se acrecienta esta diferenciación cuando aparece entre las habilidades propias de la especie humana la teoría de la mente. En este período, Tomasello invoca nuevamente procesos de simulación o imitativos para explicar cómo los niños llegan a comprender

a los demás como agentes mentales. Esta nueva forma de cognición social supone comprender que los otros, cuando perciben y actúan, hacen elecciones guiadas por la representación mental de un resultado deseado, es decir, de una meta donde los deseos, planes y creencias no necesariamente tienen expresión conductual.

En este punto, se puede sugerir que la disunción de niveles que ofrece el autor se sostiene en una visión de teoría de la mente emparentada con la TS. Como se mencionó, este enfoque sostiene que para comprender a la otra persona uno simula los pensamientos y sentimientos que experimentaría si estuviera en la situación del otro. Uno experimenta en su propia mente las creencias, deseos o estrategias fingidas que emplea para comprender el comportamiento de otro. De acuerdo con la TS, este proceso puede ser inconsciente y está estructurado como una simulación interna y representacional (Gordon, 1986, citado por Gallagher, 2001).

El problema, subrayado por Gallagher (2001), es que tanto la TS como la TT, conciben la interacción comunicativa entre dos personas como un proceso que tiene lugar entre dos mentes cartesianas. Así, se asume que la comprensión del otro involucra refugiarse en un campo de teoría o de simulación, constituido por un conjunto de operaciones mentales internas que luego pueden llegar a ser expresadas en el discurso, los gestos o la interacción.

A esto se puede agregar que la TT y TS defienden, usualmente, que todos los estados mentales comparten, como rasgos comunes, el ser privados, internos, presentes “en la cabeza del otro” y que no se manifiestan de manera directa en la conducta observable. Así son entendidas tanto las intenciones o las creencias, que son estados pertenecientes al segundo y tercer nivel, respectivamente, de la distinción que se está analizando. Tanto para comprender la intención de un compañero o para atribuirle una creencia, uno tendría que representarse un estado mental dentro de la cabeza de esa persona para predecir su conducta (TT) o usar la propia experiencia mental como un modelo interno para simular qué ocurre en su mente (TS).

Otro modo de comprender la teoría de la mente.

A diferencia de los enfoques presentados, se puede definir la teoría de la mente desde una perspectiva más amplia, aceptando una pluralidad de modos en que los estados mentales pueden ser representados y una pluralidad de estados mentales. Así, Gómez (2004) propone redistinguir entre “estados mentales manifiestos” y “estados mentales encubiertos”. La noción de “estados encubiertos” refiere a aquellos estados más abstractos, presumiblemente internos (como las creencias, el conocer o ignorar algo, etc.). En cambio, la noción de “estados manifiestos” refiere a aquellos estados mentales que pueden ser entendidos como una propiedad del comportamiento, quizás como una relación entre el sujeto y objetos externos (por ejemplo, la atención, etc.)

Esta propuesta está relacionada con lo que Gallagher denomina “perspectiva de la segunda persona”. Gallagher (2001) sostiene que la base para la interacción humana y la comprensión de los demás se establece en ciertas prácticas corporeizadas – prácticas que son emocionales, sensorio-motoras, perceptuales y no conceptuales.

Para este autor, la comprensión de las intenciones de otro es directa y pragmática, porque sus intenciones están explícitamente expresadas en sus acciones corporeizadas. Esto se vincula con la noción que se nombró anteriormente de “estados mentales manifiestos” pues tener un estado mental no sería, en estos casos, poseer una entidad interna sino contar con cierta disposición del cuerpo a actuar de determinada manera.

Gallagher sostiene, de modo más general, que tener un estado mental “no es tener una representación mental de ‘todo o nada’, sino un conjunto de disposiciones a actuar y experimentar de ciertos modos” (2001, p. 96). Así, sugiere que raramente necesitamos ir más allá de las conductas manifiestas para interpretar a los otros. Solo muy ocasionalmente requerimos postular una creencia mental abstracta e idealizada, situada detrás de esos comportamientos a fin de comprender la disposición que está públicamente constituida y expresada en la conducta contextualizada²

Gomila (2002) plantea algo similar, al afirmar que los estados mentales captados desde la segunda persona son estados expresivos, configuraciones corporales. El autor sostiene que este tipo de interacción nos ofrece un conocimiento implícito de carácter práctico de las configuraciones expresivas de aquellos con quienes interactuamos. “Puede decirse que los estados mentales que atribuimos de esta manera son constitutivamente corporales, o bien, a la inversa, que las actitudes y configuraciones corporales son también mentales” (Gomila, 2002, p. 13).

Pues bien, si se acepta esta perspectiva podría ser útil aplicarla al análisis de la evidencia empírica para sugerir que los primates no humanos tendrían este tipo de comprensión de segunda persona de los demás agentes.

Entre los investigadores que se han mostrado dispuestos a atribuir algunas competencias para la lectura de mente a los primates se destacan Cheney y Seyfarth (2007), quienes piensan que la teoría de la mente de los babuinos debería ser descripta como “una vaga intuición acerca de las intenciones de otros animales”. Según los autores, aunque tales primates no atribuyen a otros estados mentales como la ignorancia o el conocimiento, sí parecen tener una sensibilidad rudimentaria hacia los motivos y las intenciones de los otros.

En una línea similar se posiciona Gómez (2004) cuando sugiere que los primates no humanos se representan los estados mentales manifiestos como la atención y las intenciones mediante esquemas, mientras que los estados mentales de tipo encubiertos, como conocer y creer, permanecen más allá de los alcances de la mente no humana.

Si aceptamos la perspectiva no cartesiana de la segunda persona según la cual las intenciones pueden manifestarse en la acción, deberíamos aceptar que los primates no-humanos pueden detectar intenciones en los otros, posicionándose en el nivel 2 (a diferencia de lo que sostiene Tomasello). Los primates podrían leer intenciones entendidas éstas como estados más básicos, transparentes, es decir observables en las conductas a diferencia de otros estados más abstractos e inobservables.

Competencias mentalistas más allá de los humanos

Los etólogos han recolectado gran cantidad de observaciones de conductas que indicarían que los primates no humanos poseen ciertas competencias mentalistas. Sin embargo, la evidencia etológica de observaciones en situaciones naturales presenta serias limitaciones ya que los resultados no se pueden replicar y tampoco es posible tener un control preciso de las variables en juego —lo cual conduce a que las conductas observadas se puedan atribuir al azar o a la posición teórica del observador.

Por tal motivo se presentarán algunos estudios empíricos realizados en condiciones controladas que apoyan la tesis de que algunos primates no humanos son capaces de comprender a los otros como agentes intencionales, entendiendo a sus intenciones como estados manifiestos.

En un experimento, Call y Jensen (2006) testearon si, en una situación de compartir comida, los chimpancés pueden distinguir entre un humano que es reacio a darles comida de otro incapaz de hacerlo. Para esto, presentaron a los chimpancés situaciones en que un humano les daba comida a través de un agujero en su jaula. Después de que el experimentador hubo pasado algunas uvas al sujeto, buscaba otra uva pero no se la pasaba. En algunos casos, era incapaz de pasarla porque el agujero era demasiado chico, porque estaba ocupado en otras tareas o porque no veía la comida. En otros casos, el experimentador era reacio: ponía la comida cerca del mono pero luego la tiraba para atrás, o dejaba la comida en la plataforma y miraba al mono sin razón aparente, o se comía la comida. Los chimpancés reaccionaron de diferentes maneras ante estas condiciones. Cuando el experimentador era reacio, hacían más gestos y dejaron la estación de prueba más temprano que cuando el experimentador era incapaz de pasar la comida.

Por otra parte, Wood, Glynn, Philips y Hauser (2007) aplicaron en un experimento un método de elección forzada para medir el comportamiento espontáneo de forrajeo en respuesta a las acciones realizadas por un experimentador humano. Los sujetos del experimento eran tres especies de primates no humanos: monos títi cabeciblanco, macacos rhesus y chimpancés. Durante cada prueba, un experimentador se presentaba ante los sujetos con dos potenciales contenedores de comida, llevaba a cabo una acción con uno y luego permitía al sujeto seleccionar uno de los contenedores. En la condición intencional, el experimentador alargaba la mano

directamente hacia el contenedor y lo agarraba. En la condición accidental, el experimentador dejaba caer su mano encima del contenedor pero con la palma mirando hacia arriba de un modo que parecía accidental y no dirigida hacia un objetivo. La suposición de los investigadores es que si los primates distinguían entre acciones intencionales y accidentales, deberían inspeccionar selectivamente el contenedor apuntado por la acción intencional del experimentador en vez de la apuntada por la acción accidental. Los resultados indicaron que las tres especies inspeccionaron el contenedor apuntado intencionalmente una mayor proporción de tiempo que el contenedor apuntado accidentalmente.

En un segundo experimento, Wood et al. (2007) se preguntaron si estas tres especies integran información sobre las propiedades superficiales de una acción con las restricciones ambientales que enfrenta el agente a fin de hacer inferencias acerca de la acción racional dirigida a un objetivo. Le presentaron a los sujetos un experimentador realizando las mismas acciones en virtud de dos circunstancias ambientales contrastantes. En la primera condición, el experimentador tocaba uno de los contenedores con su codo mientras la mano asociada estaba ocupada. En la segunda condición, el experimentador realizaba la misma acción mientras la mano asociada estaba libre. La hipótesis que manejaban los investigadores es que si estas especies tenían en cuenta las limitaciones ambientales que afrontaba el experimentador, sólo debería ser percibida como racional y dirigida hacia un objetivo la acción de la “mano ocupada”; dado que la mano del experimentador no estaba disponible al momento de hacer el gesto, su codo le habría proporcionado un medio alternativo para indicar y hacer contacto con su objetivo. De manera acorde, la condición de la “mano vacía” no sería percibida como una acción racional tendiente a un objetivo porque en ese momento el experimentador podría haber usado su mano desocupada para indicar el contenedor. Como resultado, las especies inspeccionaron el contenedor apuntado una con mayor frecuencia luego de observar la acción con la mano ocupada que la acción con la mano vacía. Cuando las manos del experimentador estaban ocupadas, los sujetos parecían haber estado particularmente atentos a otras partes del cuerpo porque éstas se convertían en alternativas viables para la acción racional y dirigida a una meta. Los datos sugieren que estas especies de primates van más allá de la apariencia superficial de la conducta así como de sus propias experiencias, actuando sobre los objetos o indicándolos al hacer inferencias sobre las metas de los demás. Como los humanos, ellos evalúan las acciones de los otros con respecto a las constricciones ambientales impuestas sobre el agente.

Recapitulando, los resultados experimentales presentados permiten afirmar la existencia de capacidades de atribución mental en estas especies de primates no humanos: no sólo diferencian los distintos fines que orientan la acción de un experimentador (reacto a darle comida frente a tener la intención de hacerlo pero ser incapaz), también son capaces de distinguir las acciones

intencionales de las accidentales, y además perciben una acción racional dirigida a una meta teniendo en cuenta las limitaciones que el ambiente impone al agente. En conjunto, estos experimentos nos dan evidencia a favor de que algunos primates no humanos comprenden a los otros como agentes intencionales por ser las intenciones estados manifiestos en la conducta.

Revisando la distinción entre niveles: inclusión de los primates no humanos.

A continuación propongo repensar las conclusiones de Tomasello (1999) sobre la comprensión de los demás que poseen los primates no humanos. Tanto la evidencia empírica como la adopción de una nueva perspectiva teórica, permiten aseverar que la distinción en niveles trazada por este autor resulta muy taxativa y no contempla la complejidad de la conducta de los primates no humanos. Es posible, en cambio, proponer una categorización más flexible y concordante con las investigaciones actuales.

Primero, coincidiendo con Tomasello (1999), no parece cuestionable que la comprensión de los otros como *agentes animados* (nivel 1) se presenta en todos los primates.

Ahora bien, Tomasello planteaba que la comprensión de los otros como *agentes intencionales* era exclusivamente humana. Si apelamos a la distinción entre “estados encubiertos” y “manifiestos”, esta tesis resulta discutible ya que se puede afirmar que algunos primates no humanos comprenderían estados mentales manifiestos como las intenciones inmediatas³. Como se describió antes, estos estados son observables en la conducta y los experimentos demuestran que los chimpancés pueden comprenderlos. Aquí podríamos comenzar a hablar de teoría de la mente y atribuir a los primates no humanos fragmentos de la misma.

Tomando como base los experimentos anteriores, es posible sostener que los chimpancés, macacos rhesus y monos tí cabeciblanco parecen poder distinguir cuando otra persona realiza un acto intencional de uno accidental. Al mismo tiempo, son capaces de reconocer que las acciones de una persona están motivadas por distintos fines pues diferencian cuándo una persona no les da comida porque es incapaz de hacerlo de cuándo es reacia a ello. Además, tienen en cuenta las restricciones ambientales para evaluar una acción como dirigida a una meta. Por lo tanto, si aceptamos la distinción anterior y consideramos que las intenciones son estados manifiestos, los primates no humanos alcanzarían el nivel 2⁴.

En cuanto al nivel 3, no hay evidencia que apoye que los primates no humanos puedan adquirir estas habilidades. Tomasello denominó esta etapa comprensión de los otros en tanto *agentes mentales* y situó la habilidad específicamente humana de adquirir una teoría de la mente. Por lo expresado hasta el momento, se propone repensar este nivel, ya que el mismo quedaría restringido a la lectura de estados mentales encubiertos que engloba un modo de comprensión más abstracto al que sólo los humanos podemos llegar. Sin embargo, autores como Gallagher (2001) sostienen

que aunque seamos capaces de emprender este tipo de explicación sobre las conductas de los demás, no es la que utilizamos frecuentemente en nuestras interacciones cotidianas.

En conclusión, se insiste en resaltar que la pretensión de este trabajo no fue realizar una crítica a Tomasello en sí ya que, como se aclaró, el autor cambió muchas de sus hipótesis. Con respecto a las capacidades de los primates no humanos, el interés fue evaluar la distinción en etapas que propone Tomasello (1999) para caracterizar la comprensión de los otros en primates, humanos y no humanos. En la distinción de niveles originaria, se sostenía que los primates no humanos eran incapaces de comprender a los demás como agentes intencionales. Sin embargo, al adoptar un posicionamiento teórico diferente --como es la perspectiva de la segunda persona- y con la evidencia empírica presentada, es posible afirmar que algunas especies de primates no humanos son capaces de ver a los otros como agentes con intenciones lo cual, bajo cierta lectura amplia, es equivalente a atribuirle ciertas competencias mentalistas mínimas.

Notas

1 Actualmente, Tomasello ha cambiado su concepción y atribuye fragmentos de teoría de la mente a algunos animales no humanos. Sin embargo, el propósito de este trabajo no resulta obsoleto, pues otros autores, como Povinelli (2004) rechazan aún hoy que los primates posean siquiera una teoría de la mente rudimentaria.

2 La propuesta presentada aquí es más acotada que la de Gallagher. El autor parece afirmar que todos los estados mentales son observables en la conducta. En este trabajo se hará referencia únicamente a "las intenciones en la acción" como estados con tales características.

3 Cabe aclarar que no toda intención es manifiesta. Searle (2001) distingue entre intenciones anteriores y premeditadas, y aquellas que son espontáneas. Se refiere a estas últimas como "intenciones en la acción", que son las que los sujetos tenemos mientras estamos realizando efectivamente una acción. Las "intenciones en la acción" serían observables en la conducta, las otras no.

4 Cabe precisar que la noción de agentes intencionales entendida según estas consideraciones contrasta con la noción de agentes animados, propia del nivel 1 de comprensión de los demás según la cual se distingue el movimiento autogenerado del movimiento forzado por agentes externos. Así, en la primer noción estamos hablando en términos mentalistas y no estrictamente de lectura de conductas ya que hay un elemento común que unifica las acciones, y éste es la intención

Referencias

- Call, J. & Jensen, K. (2006) *Chimpanzees may recognize motives and goals but may not reckon on them*. In C. Frith (Ed.), *Empathy and Fairness*, Chichester, Wiley, pp. 56-70
- Cheney, D. y Seyfarth, R. (2007) *Baboon metaphysics. The evolution of a social mind*. University of Chicago Press.
- Gallagher, S. (2001) *The Practise of Mind Theory, Simulation or Primary Interaction?* Journal of Consciousness Studies. N° 5-7, pp. 83-108
- Goldman, A. (1989) *Interpretation Psychologized*. En Davies, M. y Stone, T. (1995) *Folk Psychology: The Theory of Mind Debate* Blackwell Publishers.
- Gómez, J. C. (2004) *Apes, Monkeys, Children, and the Growth of Mind (The Developing Child Series)*. Londres: Harvard University Press.

- Gomila, A (2002) La perspectiva de segunda persona de la atribución mental. *Azafea*, 1. 123-138.
- Gordon, R. (2009) *Folk Psychology as Mental Simulation*. *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Edward N Zalta (ed), URL = <<http://plato.stanford.edu/archives/fall2009/entries/folkpsych-simulation/>>
- Povinelli, D. & Vonk, J. (2004) We Don't Need a Microscope to Explore the Chimpanzee's Mind. *Mind & Language*, Vol. 19 No. 1, pp. 1-28.
- Premack, D. y Woodruff, G. (1978) Does the chimpanzee have a theory of mind? *The Behavioral and Brain Sciences*. 4, pp. 515-526.
- Searle, J (2001) *Mentes, cerebros y ciencia*. Ed. Cátedra.
- Stich, S. y Nichols, S. (1992) Folk Psychology: Simulation or Tacit Theory? *Mind & Language*. V. 7, no. 1, 35-71
- Tomasello, M. (1999). *The cultural origins of human cognition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wood, J, Glynn, D; Phillips, B. & Hauser, M. (2007) *The Perception of Rational, Goal-Directed Action in Nonhuman Primates*. *Science* Vol 317, pp. 1402 - 1405.